

NECESIDAD DE VIGENCIA DE LA PRIMERA INTENCION LULIANA

INTERROGANTE

El panorama de la vida tal como hoy se ofrece al pensador da ciertamente que pensar. Objeto fluctuante, sin límites precisos, el cuadro ante nuestros ojos carece de encuadramiento. Parece como si la vida hubiese roto las amarras con todo lo antecedente —cual si el pasado no contara— y que avanzase como un turbión, en desarrumbado derrotero, fuera de toda consecuencia, hacia futuros inciertos, imprevisibles y hasta, en cierto modo, insospechados. Es un objeto inquietante a la contemplación del pensador.

El mundo no marcha bien, nos decimos unos a otros cuando nos ponemos a pensar en el rumbo que va tomando la vida. Un objeto, ciertamente, digno de ser considerado.

El mero teórico puede encararse con tal objeto con la frialdad de un raciocinio riguroso que maneja como instrumento de enlace entre un sujeto, que es él, y una presunta o efectiva realidad, que es aquello que considera. Y quedarse tan tranquilo y satisfecho con una simple afirmación o negación o con un sistema, perfectamente trabado, de múltiples asertos.

El pensador, el filósofo, es más que un mero pensar. No se conforma ni contenta con la simple afirmación o negación; posee con el pensar también un modo de sentir, y el sentido de la responsabilidad es precisamente uno de esos modos. Mas no la estricta responsabilidad de su sistema asertivo y distante, sino la entrañable responsabilidad de sentirse solidario de una objetividad inaceptable.

Contemplando la marcha incontrolada de esta vida que hoy vivimos nos estremece su futura e inmediata perspectiva. Y se la rechaza mentalmente. Lo cual no basta. Hay que hostigarla activamente con miras a malparar y anular sus abiertas posibilidades.

—El mundo no marcha bien; camina al caos y a la ruina —dice el punto final de los teóricos.

¿Y nada más?

«Considerant e jaent en mon lit fuy membrant con lo mon es en torbat estament per privacio de vera intenció absentada al humà enteniment per defalliment de voler ordonat en membrar e entendre. E car poch's son los homens qui sien en bon estament, segons comparació de aquells qui torben lo mon, qui en lurs obres no han vera intenció, per açò es a mi molt temable lo defalliment qui es en lo mon».¹

Que viene a decir así:

Tendido en mi lecho me puse a considerar cuánta turbación hay hoy en el mundo por falta de verdadera intención. La desmedrada voluntad no quiere ni recordar ni entender, y son pocos los hombres con buena disposición y muchos los que trastornan las cosas de nuestra vida, pues no hay buena intención en sus acciones, y me ha entrado gran temor por tanta defección como hay en el mundo.

También a Raimundo Lulio le estremece hasta lo más íntimo de su más entrañada y entrañable naturaleza el panorama de la vida de su tiempo. ¿Y cómo no si la voluntad no se ordenaba según el entendimiento o el entendimiento no entendía según intención al bien? Mas ¿era su punto final esa rotunda afirmación de descarrío y desorden, de desordenación y de malparancia?

—¿A dónde vamos a parar?

De nadie lo vamos a oír con la tajante verdad de la palabra de Llull. Nadie como él para decirnos a dónde vamos.

—¿Quién no sabe que hoy todo nos es dudoso?... ¿Quién sabe si no vamos a una renovación de la persona del hombre? ¿Acaso no son muchos los caminos que se nos abren al bien? ¿Quién puede decirnos algo con ciencia cierta de esos caminos verdaderos? ¿Y por qué si los trillados caminos de hasta ahora no nos han traído sino al caos no será necesario el caos para emprender la ruta del bien y de la verdad?

En materia de justificaciones y disculpas todos los sofismas son halagüeños. Pero la verdad es sólo una y no arranca de falsedad ni de mal. No sabemos dónde estamos y hasta queremos dar disculpa de nuestra situación saltando sobre el rigor de ese mismo pensamiento con el cual pretendemos justificarnos. Desorden, incoherencia, caos, es la realidad de nuestras gentes de hoy y nuestro panorama. No podemos contemplarlo como meros contempladores. Entramos como

¹ *Libre de 1.^a e 2.^a Intenció - Del preàmbol.*

comparsa y actores en una escena que no dejamos de vivir. Cumplamos nuestro papel de pensadores que también actúan, a lo menos haciendo nuestro examen de conciencia y aplicándonos un tanto de la culpa; no temamos confesarnos en lo pequeños y débiles que somos, aunque los demás nos crean grandes y fuertes. Raimundo Lulio nos da el ejemplo. Veamos si hemos de dar vigencia, y de qué modo, a su doctrina de la intención.

LA VOZ DE ALERTA

«Ni acero ni plata ni castillos ni ciudades ni imperios ni coronas ni parientes ni honores ni vida ni halagos valgan para ti lo que vale la verdadera devota y ordenada intención, afirmada con valor según deliberación de libre arbitrio y ponderada memoria, voluntad y entendimiento»² —le dice Lulio a su hijo, consciente de intransferible y translúcida responsabilidad.

Se lo decía a su hijo, que era como decírselo a todos los hijos de los hombres.

Pues no: acero, plata y oro, castillos, imperios, coronas, falsos honores del mundo, halagos, adulaciones, mentiras, bajezas, villanías, abyecciones y toda clase de tropelías y toda especie de prevaricaciones son lo que da tono al mundo de nuestra hora en una alucinación de radical y supina inconsciencia y en un vértigo desorbitante de cotidiano aquellarre.

Nos deslumbran la plata y el oro, nos alucinan el mando, el poder, el imperio, nos infatúan los honores, nos enmollecen los halagos, nos encandilan las adulaciones, nos solicita y esclaviza la mendacidad, y somos mendaces de nosotros mismos y mendigos de todo lo demás. Mendigos vergonzantes y no mendigos pordioseros, pues casi se nos ha olvidado de pedir nada por Dios. Bajos... ruínas... villanos... Y perdonénnos de corazón los que pertenecen por destino a la villanía natural.

Y creamos ahora —y también de corazón— que nosotros no pertenecemos a esa desgraciada caterva que forman los inconscientes y los prevaricadores.

² *Libre de Intenció* - Preàmbol.

Pero los tenemos frente a nosotros. Y, claro es, los observamos, los enjuiciamos, los censuramos y los condenamos. ¿Justamente? Ese es otro cantar. No vemos que los tenemos con nosotros; no vemos que estamos, no frente a ellos, sino con ellos; que vivimos con ellos y que con ellos compartimos una gran parte de sus placeres, de sus halagos y de sus complacencias. Es fácil ver el mal y condenar al que creemos malo. Pero es bastante difícil saber dónde tiene el mal su comienzo y su límite, y es difícil también permanecer situado fuera de esa zona intermedia que se halla entre el mal y el bien.

Tendremos que mirar a Llull, tendremos que escuchar a Llull, para ver lo que no vemos y oír lo que no queremos escuchar.

«Llora, hijo, llora, ya que los elementos, plantas, pájaros, bestias y todas las cosas de este mundo siguen el orden y la regla de la intención por la que han sido creadas, y en cambio el hombre, a quién todas estas cosas son debidas en intención, se manifiesta contra la intención por la cual ha sido creado».³

Acaso no sabemos qué orden es ése. Pues bien: si no sabemos o no queremos comprender cuál es ese orden, también en el mismo párrafo el propio Llull nos lo advierte y recuerda:

Que Dios ha creado en el mundo unas criaturas por intención de otras, tales como los cuerpos celestes, que lo son para ejercer influencia sobre los terrenales elementados, y éstos por intención del alma racional, y el alma racional por intención del hombre en cuanto hombre.

Luego si estamos en cierto modo sometidos a la influencia de las cosas corpóreas ¿podemos totalmente desligarnos de las cosas? ¿Y si nos hallamos en posesión de un entendimiento y una voluntad podemos ni debemos desligarnos de las cosas de los hombres y de los hombres en sí mismos?

Mala voluntad y voluntad contra naturaleza humana sería ese desentendimiento, ese desligamiento del hombre con respecto a su prójimo y en general a la sociedad en que vive y de la cual forma parte, pues su naturaleza tiene como primer movimiento el que propiamente le corresponde a su ser,⁴ que es el del bien y que consiste, no sólo en entenderse y amarse a sí mismo, sino en comprender y amar a Dios y a su propio semejante. Todo lo demás será moverse y

³ *Libre de 1.^a e 2.^a - 3 - De creació.*

⁴ *Libre de contemplació en Deu.* 46.

resolverse por segundo movimiento, lo que equivale a perder el mismo ser que se tenía.

Y de tal modo se pierde el propio ser, que son tres vías bien señaladas⁵ las del camino de la defección: desobediencia de principios y preceptos, injuria hecha a sí propio e injuria inferida al prójimo. De lo que resulta el mal, que es el no ser, y, en lo que toca a la persona, la desmedrada y desmedrante figura en que viene a resolverse el desligado de los otros hombres, de Dios y de sí mismo.

Considera, pues, una y otra —parece seguir diciéndole—, y considéralas, no sólo con ciencia fría de estricta y pura razón, sino estremecido de fe, de esperanza y caridad, resolviéndote en amor.

Por eso nos reitera Lulio que la Ciencia o Arte Inventiva, o de mera especulación, es defectiva sin el *Ars Amativa Boni*, que es el arte por la cual habemos, desde la ciencia del entender, la ciencia culminante del querer, por cuanto es el querer raíz y acabamiento de todo el vivir del hombre.

Comprendiendo que es necesario que el hombre responsable se sienta solidario de los otros hombres —lo mismo de los que creemos buenos que de los que no nos parecen buenos y llamamos malos— veamos cómo nuestro buen Ramón nos es un guía ineludible, alumbrándonos de pensamiento y encendiéndonos de voluntad.

Vengamos a oírle ante todo cómo nos habla de la intención dirigiéndose a su hijo:

«Hijo querido, la intención es obra del entendimiento y de la voluntad, que tiene por fin dar cumplimiento a la cosa deseada y entendida. E intención es acto del apetito natural que tiende a la perfección que naturalmente le conviene. Esta intención, hijo mío, de la cual tú necesitas, se distingue por dos modos que son intención primera y segunda. Es la primera mejor y más noble que la segunda por ser más útil y necesaria, siendo la primera principio de la segunda, y la segunda movida por la primera de modo tal que resulta ser la segunda instrumento y disposición para que la primera tenga todo lo que ha menester a fin de cumplimiento».⁶

De manera que nos damos cuenta de cómo el hombre por el hecho de ser hombre se mueve por movimiento propio hacia algo que naturalmente le solicita, algo que viene a ser para él como un centro

⁵ Id. id. 13.

⁶ *Libre de 1.^a e 2.^a intencio* - 1 - 1 de Pueblo. *Ars amativa boni*. Reg. 2.

de gravitación. «*Pondus meum*» —clama el amor agustiniano. «*Pondus meum*» —puede solicitar un fin cualquiera inadmisible.

Por eso distingue Lulio y nos pone en guardia permanente sobre las dos posibilidades de ese peso que tira de nosotros: la del amor, con su centro en el bien, que es Dios, y la de la simple y mera concupiscencia o deseo. Son las dos bien definidas intenciones que llama primera y segunda.

La primera ha de ser a Dios, puesto que «Dios es cosa infinita y eternamente inteligible y amable».⁷ Inteligible, sin duda, pues si su primer atributo es el bien, el bien es el concepto que, superando al de ser, se aparece a nuestra mente como el más aprehensible más claro y más lógico, ya que todo sujeto que piensa, que siente y que quiere se lo encuentra como fin entrañado dentro de él en lo más íntimo de su ser animal y de su ser humano. Amable, porque el hombre siempre quiere aquello que tira de su propia naturaleza. Entendemos a Dios aún desde el fondo de la pretensión atea que puede atosigar al hombre. Y entiende a Dios, y ama a Dios, el mismo presunto ateo —quiera que no—, pues hasta el pobre desvalido que pretende que no cree en Dios, también entiende el Bien y quiere el Bien.

Lo que puede acontecer, y desgraciadamente acontece muchas veces, es que esa tirazón de nuestro ser desde el bien no sea de un bien auténtico. Pervertido el pensamiento, entiende que ese bien que él quiere es el verdadero bien, y, una vez dentro del error, ya no quiere vivir fuera de él; pervertido su sentir y dominante sobre la facultad intelectual, se deja llevar por el halago y no se percata del mal, adormilado en lo que cree su bien.

Aquí la guardia vigilante de Raimundo.⁸

«Endereza tu sentir a fin de que puedas entender», porque si están turbados tus sentidos, tu ánimo gravitará a un centro que no es el tuyo. Por lo cual has de temer marchar fuera de camino si es que desees enderezar tu amor al bien. Y sólo amando el verdadero Bien sobre todas las otras cosas lograrás tener erguida tu voluntad operante, distinguiendo desde un principio cuál es la cosa verdadera y cuáles son las falsas, o aquellas que, aun siendo en parte verdaderas, no llevan en sí mismas toda la verdad.

⁷ *Libre de 1.^a e 2.^a intencio*, 2 - De Deu.

⁸ *Proverbis de Ramón* - 53 - De endreçament.

La verdad, que en cierto modo es el bien, nos sitúa, pues, en el bien; la falsedad nos aleja de él y nos lleva al mal. Y como verdad y bien solo en Dios se identifican plenamente, el verdadero bien es el de Dios.

Entre éste y los otros bienes se halla situado el hombre, que en sí mismo es un bien en tanto que quiere serlo. Querer el bien o querer el mal es su doble posibilidad, eminente ejecutoria en virtud de la cual o se magnifica o se anula.

«En un orden de grandeza —dice Lulio en su *Libro de contemplación en Deus*—,⁹ habeis establecido al hombre, pues por razón de la libertad en que su voluntad se siente de elegir hacer el bien o hacer el mal, afirma en él el mérito de gloria o el mérito de pena.»

Querer el bien es su finalidad con intención a Dios; querer el bien es el impulso propio de su naturaleza. Queremos el bien porque somos entidad que siente y apetece; queremos el bien porque somos además entendimiento y voluntad. Sobre este segundo polo es menester que ordenemos todas nuestras intenciones haciendo de la gravitación natural —polo de mera tendencia— una intención de primer orden y, por tanto, soberana. Sobre el firme y ordenado pedestal de tan alta soberanía la figura del ser humano.

Pero no es fácil mantenerse en favorable tendencia a la gravitación de ese polo, por cuanto el otro —el sensorial y sensual e instintivo— nos solicita desde los entrañados fondos de nuestro ser animal.

Por eso reitera Lulio cómo es y ha de ser siempre la intención obra a la vez de entendimiento y voluntad, y no tendencia irracional, pues si podemos ascender hasta la vida del espíritu comenzando por la misma tierra o elementalidad, como animales que no dejamos nunca de ser, podemos, desde el espíritu —superando lo animal— animar el mundo de la materia bruta y alcanzar los planos más ideales.

Alzándose a esos planos ideales nos sitúa Raimundo Lulio en su clara y cálida doctrina de la Primera Intención, que es la forma más lograda de la moral del bien por el bien mismo. ¿Es otra, por ventura, la moral de Dios por Dios? ¿Que va de Dios al Bien y que va del Bien a Dios? La referencia o inferencia de la intención a Dios en cuanto primera y soberana intención del hombre sitúa perfectamente al pen-

⁹ C - 51-25.

samiento en su centro más adecuado, por ser el bien nuestra apetencia permanente y ser Dios el verdadero Bien.

LOS DOS POLOS DE LA VIDA

Dios como objeto y el hombre hacia su objeto: He aquí las realidades fundamentales y plenarias de la vida. Con ellas la vida es vida, sin ellas el proceso del vivir, no propiamente vida, sino muerte: un irse de sí mismo para —aún viviendo— no ser.

Y es que el ser del hombre es querer ser. Querer su propio bien. Y ya sabemos cuál es ese Bien. El hombre, pues, ha de ser la figura apetecida, intentada y lograda por su propia voluntad. El hombre lo crea Dios y se recrea a sí mismo.

¿Dónde encontramos al hombre?

El hombre como persona se halla en crisis. Crisis en referencia a la persona es un término de doble sentido que nos lleva, o bien a una conceptualización objetiva de la persona en el mundo o a una conceptualización subjetiva de la persona en cuanto tal.

En el primer sentido, la crisis en este momento de la historia es manifiesta y degradante: la persona desaparece absorbida por la informe levadura de la masa. En el segundo sentido, la crisis es el constitutivo esencial de la persona del hombre.

Ser persona es marchar a ser, hallarse en devenir permanente. La persona es el ser inquieto que no permanece en el ser que tiene. Si nos sentimos y entendemos como persona, marchamos todos a ser el bien que queremos y en cuanto que queremos con esa absoluta libertad de que nos habla San Agustín y que nos resuelve en amor.

Frente a las dos perspectivas en que se nos ofrece la persona podemos cada uno de nosotros considerarlas limpiamente con verdadera atención y cabal sentido de nuestra responsabilidad, o podemos desinteresarnos e inhibirnos. Lo primero —interesarnos— dejémoslo por un momento; en cuanto a lo segundo, esto es: desinteresarnos o inhibirnos, resulta un desinterés de doble peso: desinterés por la crisis de la persona en el mundo, —que es el fruto que da el hombre cuando tiene corroída la raíz de su propia personalidad,— y desinterés por sí mismo. Hoy la raíz de la persona debe de hallarse en completa corrosión, toda vez que es abundante en exceso el fruto de nuestro desinterés,

Desinterés de las demás personas, en cuanto personas que han de ser, implica necesariamente desinterés de la persona que va siendo uno mismo, carencia de afán de ser el propio sí mismo que cada uno debe ser: indolente, supina y deletérea despreocupación de la propia figura moral.

De ese modo el hombre se va diluyendo en el corrosivo del tropel, perdido todo su perfil en el montón de las cosas. Y resulta una cosa más.

Por eso es necesario que vayamos espabilando nuestra persona, que ya empieza a adormilarse, a fin de ir despertando, sin punto de reposo, a las personas ya dormidas. Raimundo Lulio no nos deja adormilarnos, pues sabe que «el fin mueve al agente, el agente a la forma, y la forma a la materia».¹⁰ Sabe asimismo que con pequeño poder se puede alcanzar el beneplácito de los poderes infinitos, y nos insta constantemente a que nos movamos nosotros mismos según nuestro propio fin, puesto que también nos ha enseñado a entender y amar el bien.¹¹

Sabemos que este movimiento tiene como intención final y primera a Dios, una intención que lleva aparejados amor a Dios, al prójimo y a uno mismo. Y como quiera que en esta vida nos movemos en un orden de relación terrenal, la primera intención en las relaciones terrenales de unos hombres con otros ha de ser según justicia.

Por lo cual le dice Ramón Llull a su hijo, que es como decírselo a todos:

«La razón final por la que has sido creado y eres recreado es razón de justicia, así pues has de tener sumo cuidado en cumplir tu deseo de modo que no pueda inferir injuria a nadie.»¹²

La injuria que se infiere al semejante y con él a toda la sociedad y a sí mismo y a Dios es obra del alma corrompida; por tal motivo la palabra de Lulio es tiernamente y hondamente admonitoria:

«Temerosa cosa hijo mío es la muerte terrenal pero mucho más temible es la muerte del alma, pues ya sabes que hay dos muertes. Por eso ahora te digo para que no lo olvides que a pesar de que el cuerpo termina en la vileza de ser comido de gusanos temas más la

¹⁰ *Proverbis de Ramón* - 84. De movedor.

¹¹ *Id. id. id. id.*

¹² *Doctrina pueril* - 40 - De compliment,

muerte de tu alma que solo por voluntad puede morir que la muerte del cuerpo que ha de morir de todos modos.¹³

¡Ay, hijo, qué grande falla es para el mundo y para el hombre el que éste no ame y no cumpla la justicia de Dios!¹⁴ Porque la justicia de Dios no es solamente la que liga al hombre con su Creador, sino también al hombre consigo mismo —en la obra que por fuerza ha menester de la recreación de su persona— y con las personas de sus semejantes.

Es necesario pensarlo todo, amarlo todo, hacerlo todo por Dios; porque de ese modo nuestro pensamiento, nuestro amor y nuestras acciones se realizan en intención al bien de todos, que es la primera intención en el orden de la justicia. A la inversa, pensando todo, amando todo y haciendo todo por el bien de todos, en el que entra el bien de cada uno, queda también comprendido amorosamente Dios. El hombre en intención a Dios y, en consecuencia —y sólo desde Dios— el bien de todos los hombres. Dios, creador del hombre, en el cenit de nuestra vida y como centro natural de nuestra permanente gravitación hacia fuera de nosotros mismos, para ser aún más nosotros. Y el hombre frente a Dios, en medio de los otros hombres, sus semejantes y hermanos, queriendo, con todos ellos, sentirse llevado con ellos más cerca cada vez del Bien, más cerca cada vez de Dios. En suma: los dos polos de la vida: la voluntad como intención en acto de amor y la finalidad afirmándose en su propio ser: el Bien.

ENTENDIMIENTO Y AMOR

No hay paz sobre la tierra. Los hombres no se aman: tal vez porque no se comprenden. Los hombres no se comprenden: tal vez porque no se aman. Un círculo vicioso que puede que resuma en verdad la situación de hoy en el mundo, pero que vanamente proclamamos que no tiene solución. ¿Cómo ni de qué manera ni qué sentido tiene que lo condicionante pueda condicionar a lo condicionado, si éste a su vez lo condiciona? Teóricamente la solución se presenta a priori como algo inadmisibile.

¹³ *Lib. Contemp. en Deu* - 160 - 104 - 128. - *Lib. de Home*. 2.^a Part. De mort e de home. - *Doct. pueril*, 36 - De temor - 88 De mort. - *Blanquerna*, 32-42. *Lib. del Gent. e los tres savis* - De prolech. - *Lib. de mil proverbis*, 40 De Mort,

¹⁴ *Doct. pueril* - 55 - De justicia,

Sí, es verdad. Pero no toda la ciencia es pura teoría o simple especulación; habíamos quedado en que también existe una ciencia del amor, de la voluntad, además de la del puro entendimiento. «Porque si se supiera amar tan bien como se sabe entender... podría estar ordenado el mundo según el fin para el cual ha sido creado».¹⁵

En el amor —sigue diciendo Lulio en el Libro del Amigo y del Amado— se concilian lo teórico y lo práctico, el entendimiento y la voluntad. Tendríamos que pensar si cabe conciliación de lo uno con lo otro, si cabe resolución en una sola fórmula con la cual poder fundir esas dos tesis presuntamente contrapuestas que se llaman intelectualismo y voluntarismo.

Los hombres no se aman porque no se comprenden. Ciertamente; la animadversión, el odio, no son simple y adversa proyección de un sujeto contra otro; eso lo son con respecto al otro, mas en sí mismos, esos movimientos, en cuanto los consideramos como existentes en un sujeto, son sencillamente pasiones, «*complementum materiae*». El odio lo padece más el que lo siente que aquel contra el cual pretende proyectarse. El odio, como tal, no alcanza al otro; puede alcanzarle, y hasta aniquilarle físicamente, la acción material a que ha sido impulsado el odiador, pero el odio es éste y no aquel quien lo tiene que soportar y padecer. Y es que, así como el amor tiene intención a un objeto, el odio carece de objeto propio, pues aquel hacia el cual apunta es ficticia creación del sujeto que siente el odio, flecha y blanco a la vez de su propia pasión.

Por eso el odio, la ira y todas cuantas pasiones nos proyectan contra los demás son corrosivos de nuestro propio ser, aniquilación de nuestra alma y muerte de nuestra persona. Pero podríamos decir que la muerte de la persona se origina de dos maneras: por despreocupación respecto de la propia persona y desafección o mala afeción hacia las demás, o por absorción en los demás. Ahora bien; esta absorción en los demás no lo es solamente la que ejerce la masa sobre uno; lo es también la más sutil de la caída en el tópico arbitrario y caprichoso, en la red intranscendente e insensible que va formando la gente sin tener conciencia de lo que hace ni siquiera de que hace alguna cosa: absoluta carencia de intención, ya primera, ya segunda.

¹⁵ *Arbre de filosofia d'amor* - Del prolech

De la primera absorción: la de la masa, podemos liberarnos en cuanto recobramos la conciencia de nosotros mismos como aquello que creemos ser por sólo nosotros y gracias a nuestro propio esfuerzo. De la absorción del tópico y de la gente es más difícil desprenderse.

De manera semejante, el odio, en cuanto que es tensión de voluntad, podemos aniquilarlo por una tensión de signo contrario, cambiándolo positivamente en amor; en cambio la desafección —a la que también nos hemos referido y que Lulio llama desamor— es difícil de combatir y aniquilar, precisamente por su condición de cosa neutra, por ser algo que no tiene cuerpo aparente y no ofrece blanco de batalla contra el cual luchar, ya que se halla diluída en una especie de no ser que, sin embargo, es en cada uno de nosotros cuando ni queremos ni no queremos; es decir, cuando no tiene ni verdadera ni real existencia la persona.

De ahí la fuerza de algunas admoniciones de Llull. El se da cuenta de cómo nuestra persona se nos va muriendo por carencia de voluntad de amor o en cuanto empezamos a quedar insumidos en la masa, convertidos en una menos que indigente partícula del monstruoso rencor o del apetito voraz del montón que vocífera. La reiteración constante de sus referencias a uno mismo «a sí mateix e son prohis-me» a «se ipsum et suum proximum» no nos concede tregua alguna que pueda llevarnos al olvido de lo que somos y podemos ser y de lo que en suma debemos querer ser en intención primera. Así pues, ni desamor, ni ausencia de nosotros mismos.

Por eso, al lado de Raimundo no es posible adormilarse en el tópico. Su palabra es un constante acicate y, si queremos, como un látigo que va fustigando nuestra voluntad inerte, con intención de avivarla y mantenerla siempre despierta y tensa a su fin.

La voluntad así azuzada —despierta y tensa hacia su fin— podría alimentar apetitos de mal fin, pero ahí está también, presente y operante, el entendimiento condicionando a la voluntad al fin más bueno, al fin más noble, al Bien, a Dios. Por eso hay que comprender a los hombres para poder amarles de veras. Si supiéramos entender de veras que todos tenemos origen en un mismo principio, que es Dios, la paz y el amor serían entre nosotros, pues la paz y el amor son siempre entre los hermanos.

Los hermanos que como tales se tienen —pues no basta llamarse hermano para serlo— los hermanos de sangre, los hermanos por amigo

del amigo, los hermanos por comprender que se hallan en la misma penuria y el mismo desasosiego los unos y los otros, que por eso no son otros, sino unos con nosotros, los hermanos en las mismas ilusiones, en los mismos ideales, en las mismas esperanzas, los hermanos que como tales se comprenden, necesariamente se aman. Lo difícil es entender adecuadamente cada cosa y situación. Y aquí es donde la voluntad va por delante. Aquí es donde la voluntad tiene que adelantarse inclinándose amorosamente a ver lo que es luz antes que lo que es sombra, oscuridad y tinieblas. Y así, al encontrarse con la sombra se entenderá que sólo es un efecto de la luz, y que es en ésta y no en aquélla donde está la esencialidad de la cosa o de la persona.

Pero el hombre se deja llevar más de los accidentes —que son lo vario, lo que llama de inmediato la atención— que de lo sustantivo y esencial —que es lo permanente y callado. Y hay que evitar que esa inclinación se nos imponga. Motivo por el cual nos remonta Raimundo Lulio a reflexiones como ésta:

«Conviene considerar el modo por el cual puede la voluntad ser movida a amar y el entendimiento a entender abstrayendo una de otro y contrayendo el uno a la otra. Así acontece con la voluntad que, en abstracto y de modo general, se tiende amorosa a la amabilidad en cuanto amabilidad.» Y hasta se convierte ella misma en la propia amabilidad, haciéndose la persona amable de por sí, puesto que «en toda voluntad hay amabilidad de modo natural y esencial» por lo cual «el hombre liga su voluntad particular —y de cada momento— al amor de la universal amabilidad, de la cual proviene el bueno, grande, duradero y firme acto de amar, cosa que similarmente acontece con respecto al entendimiento en el ámbito general de la inteligibilidad».¹⁶

El filósofo teórico-práctico que es Raimundo Lulio se nos acusa aquí en todo un extraordinario y valiosísimo sentido antropagógico. Nos da la fórmula precisa y adecuada, no sólo a la doble —y a la vez una— actividad del entender y querer del hombre y a la cabal figura de su persona permanente, elaborada de momentos y situaciones sucesivos, sino también a la entidad hilemórfica de su ser siendo —forma substancial de sí mismo, conseguida de formas esenciales que también pueden ser de los otros, sus semejantes y hermanos.

¹⁶ *Ars amativa boni*, f Reg. XI. - De abstractione et contractione - 1.

El hombre tiene en su mano un poderoso resorte de unificación con sus semejantes: El de poner en acto esa capacidad general o universal de amar que puede amar todas las cosas y esa capacidad universal de intelección que puede comprenderlo todo, por la mutua intención de esas potencias entre sí. De tal manera que lo particular o concreto, contraído de lo universal, representará lo universal, y éste, a su vez, hallará satisfacción en cada caso particular: en cada afirmación de entendimiento y en cada acto de la voluntad. Comprendiendo las esencias comprenderás las cosas, y así, entendiendo la bondad y la virtud entenderás al bueno y a su contrario el malo, al virtuoso y a su contrario el enviciado. Amando la esencialidad que hay en las criaturas amarás a las criaturas todas, y, por tanto, a cada una, y entonces comprenderás que siendo amoroso de ellas tú mismo serás verdadero amor.

Parece que siga diciéndonos Lull:

Tú que amas la amabilidad, la tienes en tu misma mano como capacidad de tu querer. Sé amable en todo momento y harás realidad de tu potencia. Y cuando no lo fueres hasta ahora, puedes serlo desde ahora.

En perspectiva de orden lógico podríamos decir que del sentido de extensión que inclina al hombre particular a lo universal se puede pasar y se pasa aquí al sentido de comprensión: De la más extensa amabilidad universal que planea en la esfera de lo abstracto a la suprema amabilidad que al hombre en cada momento le es posible: lo comprensivo y esencial de ella en cada cosa y para cada cosa o criatura.

Y para que se comprenda bien la natural resolución del acto operativo que tiene su punto de arranque en el campo entitativo de la voluntad amativa, da precisión a su pensamiento Raimundo Lulio con estas palabras de inapreciable significado:

«Ad ligandum voluntatem ad amandum et intellectum ad intelligendum non sufficit universalis amabilitas neque universalis intelligibilitas sine universali amativitate et universali intellectivitate.»¹⁷

Esto es:

Para ligar la voluntad a amar y el entendimiento a entender no basta la universal amabilidad ni la universal inteligibilidad sin la universal amatividad y la universal intelectividad.

¹⁷ *Ars amativa boni* - Reg. XI - De abstractione et contractione - 2.

Afirmación contundente de la mutua compenetración de entendimiento y voluntad —o más bien voluntad y entendimiento— en el acto vital de la persona humana.

La persona es y no es; la persona es porque está siendo. Indigente en cuanto ser —porque no es cabalmente— tiene que ser. Al comprender su ser como mera potencia y, por tanto, casi la nada, quiere llegar a ser; apunta a su pleno ser. Solo por vía de intención primera alcanzará esa realidad... si es que la alcanza. Tal vez tendríamos que acudir aquí para este logro a un nuevo y decisivo factor: el de la Gracia.

NECESIDAD DE SEGUIR A LLULL

El hombre todo lo apetece; por eso, a veces, entendiendo en el semejante un obstáculo para la satisfacción de su apetito, malquiere y odia. El hombre todò lo apetece; por eso, haciendo amor de su apetito, puede vivir conciliado y feliz con todas las criaturas de su mismo mundo humanal.

Por eso Raimundo Lulio nos insta al hábito de amor, a la conversión amorosa y racional de nuestra tendencia instintiva a la satisfacción, en intención primera a la verdadera plenitud, al bien, no sólo de uno, sino de todos, al soberano Bien, que es Dios. Desde mi amor a Dios, yo puedo amar y habré de amar necesariamente a todas y a cada una de las hermanas criaturas. Desde mi incomprensión de cada una de ellas, desde mi animadversión, desde mi desatención y desamor, no puedo sino irme desviviendo yo mismo para acabar en mi aniquilamiento personal.

Esto es lo que hoy nos acontece. La soledad es nuestro sino. O somos masa, e insumidos en ella, ya no somos; o, desligados de todos y cada uno de los demás, de los cuales no queremos comprender sino lo que a nosotros nos conviene, no vivimos verdadera vida civil ni en el Estado, ni en el municipio, ni en la parroquia, ni en la familia. Y es que no vivimos la vida de la razón amorosa que nos ligue, sino del egoísmo irracional que nos separa.

Como individuo, el hombre de nuestra actualidad se va haciendo inabordable, como ciudadano, indeseable, pues no se siente ciudadano.

La guerra universal ha dejado al hombre en la calle; a la intemperie. Quebrada la convivencia habitual *normalizada*, cada cual

creyó haber oído el ¡sálvese quien pueda! y se lanzó a salvarse como quiso.

Y aquí estamos: naciones deshechas, naciones contrahechas, naciones que van naciendo —sietemesinas— de un hormiguero humano que hierve en amalgama de candorosas ilusiones con arrebatos infra-humanos y morbosos.

Y dentro de cada pueblo ¿qué sociedad es la nuestra?

Su Santidad el Papa Juan XXIII nos lo dice con claridad meridiana:

«Violación de los derechos y de la dignidad de la persona humana», «transgresión del orden público y del valioso ideal de que el Estado se mantenga dentro del espíritu cristiano», «cálculos egoistas de todos aquellos que luchan por conseguir el control de los recursos económicos y materiales que son de uso común», «persecución de la religión y de la Iglesia».¹⁸

—Se exagera mucho las cosas —oímos por ahí en bastantes comentarios—. Hoy la vida es mejor que nunca. Tenemos de todo, no nos falta nada y dentro de poco hasta podremos ir a la luna a tomar el plato de nata que estamos viendo allá arriba hace tantos siglos. La sociedad va progresando.

Se confunde la sociedad con la civilización, o, más bien, con el progreso de la técnica, cosa ya advertida muchas veces por cuantos tratan de estas cuestiones.

El individuo es hoy un ente en disolución de sus valores humanas. Y como el individuo —condicionado por el contorno— influye en todo, a su vez ¿qué viene a ser y a dónde va a parar la entidad de la familia? Podemos contestar sin temor a equivocarnos que la familia se nos va quedando reducida y transmutada en un conjunto de individuos en los que falta la auténtica persona. Cada uno tira por su cuenta y tiene su propia ley. Falta unidad en la familia, es decir, ya no hay familia, porque ni hay padre ni madre ni hijos que en verdad lo sean y se comporten como tales. Es de ver hasta qué punto carecen del mínimo sentido de la responsabilidad cientos y cientos de padres. Por esto no hay hermandad ni entre los hermanos de sangre. Y como no hay hermandad ni entre los propios hermanos, por eso lo que hay es... duda, desconfianza, recelo, suspicacia, malquerencia... Y de todo ello, como fatal consecuencia, el incumplimien-

¹⁸ «La Vanguardia» - Barcelona, 24-XII-59.

to, la ambición, el abuso, el aprovechamiento, la prevaricación, el desorden...

El orden —dice Lulio— no está solamente en los hombres que aman su orden; antes bien se halla en ellos por el hecho de amar el orden de los otros, pues amar un orden y no amar otro, sino el propio, no es mantener el orden.¹⁹

No, sino más bien entronizar el desorden, un desorden acarreado por el trastrueque de las intenciones, haciendo primera la segunda y quedando como segunda la primera. Pasa esto con el individuo que vive en la preocupación de ordenar toda su vida en intención a satisfacer los apetitos del cuerpo antes que las apetencias del alma; y con el amigo que espera el sacrificio de la dignidad del amigo para salvar la amistad ya malparada si la dignidad se sacrifica. (Dime amigo, ¿si te doblo las dolencias tendrás paciencia de mí? Sí, —respondió el amigo— con tal que doubles los amores). Y con toda familia que desatiende las personas de sus familiares por halagar sus gustos y caprichos; y con toda sociedad que por contemplar los intereses del individuo deja en fallo los de la colectividad.

Este fallo de la sociedad revierte, en orden a las responsabilidades, sobre los dirigentes de la propia sociedad, cuanto más altos en mayor grado. No obstante lo cual, se advierte hoy día cómo también son inconscientes de esa su responsabilidad muchos hombres de alta representación a los cuales los convendría escuchar un poco a Llull, puesto que se precian a sí mismos de dignatarios y caballeros:

«A cavaller se cové que sea amador de bé comú car per comunitat de gents fo eleta cavalleria; e bé comú es major e pus necessari que bé special».²⁰

Lo que, a nuestro entender, no necesita traducción porque está bien claro a la letra y al espíritu.

El propio Llull nos advierte y amonesta cómo no podemos, ¡no debemos! desligarnos de los otros hombres; cómo cuanto más alta representación sea la nuestra dentro de la sociedad humana, más obligados a no dormirnos en simples exposiciones teóricas que no trascienden al ámbito realmente objetivo de la vida que se vive. No la simple vida que se piensa —seudovida— y puro subjetivismo.

¹⁹ *Libre del Orde de Cavallería* - Part. II.

²⁰ *Libre del Orde de Cavalleria* - Sisena part.

Aquí, en esta posición racional a la vez que vital de Raimundo Lulio tenemos la plenitud de su doctrina. Porque aquí, pensada, se la está viviendo, y, viviéndola humanamente, se la piensa y considera como buena.

Si nos detenemos a considerar el contenido de su doctrina, también lo hallamos en esencia en todos los pensadores cristianos. Claro es: no sería verdadera la doctrina que un verdadero cristiano pudiera rechazar. Si lo consideramos en un plano filosófico no hay duda de que Santo Tomás, con parecidos raciocinios, nos lleva a las mismas conclusiones. Ahora bien, lo que en Lulio encontramos preeminente es su acento dialogal. Lulio no teoriza, más aún: entendemos que Lulio no dogmatiza. Lulio no trata de imponer razones; intenta convencer con una voz amorosa que procura llenar de luz. Esa luz es la del entendimiento; mas ese entendimiento se vierte sobre nosotros caliente de corazón.

Por eso nos invita al diálogo, por eso es diálogo toda su obra. Raimundo Lulio no escribe; habla. Y entiende, por eso mismo, que siempre hay un oído humano que le escucha. La mayoría de los pensadores escriben escuchándose a sí mismos.

Saber escuchar a Lulio es hoy necesidad perentoria y apremiante. Cuando el mundo se resquebraja como una casa en ruínas y empieza a tener goteras y se le abren azoteas a todos los vientos, desamparadas y a la intemperie, cuando el mundo se da por ignorante de que pierde la cohesión que armoniosamente le va dando el cristianismo, es que el mundo de aquí la tierra se cierra dentro de sus parvos límites aunque haga el aspaviento de trascender la estratosfera. El alcanzar materialmente la luna y las estrellas es, sí, acertada intención primera de la astronáutica actual. Pero es intención segunda en cuanto al propio astrónomo como persona, como ser humano, porque por encima del logro material de esa finalidad concreta de la Luna, de Marte, y, si se quiere, de Sirio, se halla el intento de lograrse el hombre en su auténtica y cabal personalidad, que es el de su ser indigente que aspira a su plenitud.

Y así en todos los órdenes. El labriego como labriego, el artesano como artesano, el piloto como piloto, el hombre de Estado como hombre de Estado, todos tienen en su respectiva función el blanco de su intención primera: labrar bien la tierra, artificar lo mejor posible, pilotar con el rumbo más acertado, ordenar el Estado a su propio fin.

Pero en esos fines concretos y precisos no se acaba la vida del hombre. Ni siquiera en lo que tiene de sólo hombre terrenal, pues habrán de conciliarse en unidad todas las funciones del hombre de la tierra que apuntan a un solo fin: el Bien de todos.

Y si entendemos que ese bien ha de tener que lesionar bienes particulares, ya individuales ya colectivos, e imponemos esos bienes como nuestra primera intención, lesionamos el orden de intención. Contra esa lesión se alza Lulio bravamente. ¿Y podemos desoir la voz del que clama con justicia? Todos clamamos por ella. Mas no basta con clamar; la acción no es mera contemplación.

No podemos desligarnos de las cosas de los hombres, menos aún cuando muchas de esas cosas corroen el orden de la vida natural. Si existe esa corrosión es que hay hombres corroídos; si se tiene conciencia de que esa vida es un mal, es que hay hombres con sana conciencia que saben de bien y de mal. Raimundo Lulio es uno de ellos y vive —sigue viviendo y seguirá viviendo— para señalarnos uno y otro, así como ha vivido vida terrena y efectiva a fin de lograr el bien entre todos. Ahora somos nosotros —los que nos sentimos con la conciencia un poco sana— aquellos sobre los cuales pesa la obligación ineludible de seguirle. Pero no sólo teorizando, sino obrando —como él obró— incorporándonos a la vida en toda su plenitud de pensamiento que piense, voluntad que quiere y actividad que actúa. No olvidemos cómo Lull nos señala la fuerza del ejemplo; cómo nos figura, en cuanto tipos ejemplares, al sacerdote y al caballero. El sacerdote está en su puesto. ¿El caballero lo está? ¿Quién es hoy el caballero? ¿Quién es el que mantiene en todos los momentos de su vida la ley de la caballería cotidiana de intención primera al bien común de su familia, al bien común de su pueblo, al bien común de su nación, al bien común de todos los hombres de la tierra, al bien individualísimo y común de todos los hombres del mundo cuya vida no tiene su fin aquí en la tierra?

Pensemos cómo Lulio nos enfrenta con nuestra ineludible obligación de ser factor de orden en el mundo, atendiendo antes de nada a la reincorporación de nuestra persona, caída en el desamor y en la despreocupación, y cómo nosotros —pensadores— somos los más responsables de la defección del ser humano. Pensemos que el mundo se dirige inconscientemente a su ruína moral por falla de intención. Pensemos en la defensa de nuestra propia vida, primera intención como ser que vive. Pero pensemos que no vive ser alguno por sólo sí

mismo en ninguna parte. Pensemos, pues, en el hermano, no en cuanto hay que amarle para que nos ayude, sino en que nos ayudará porque le amamos. Y así al padre, a la madre, al amigo, al enemigo. Pensemos y vivamos —como Raimundo— por el bien de todos, por que viviendo por el bien de todos vivimos por el nuestro propio; viviendo por el bien de todos vivimos también por Dios. Y a la inversa, viviendo en intención a Dios vivimos por el bien de todos.

ENRIQUE DE ANTÓN CUADRADO
Barcelona